

El desempleo y sus efectos en la dinámica familiar

MIGUEL GARRIDO FERNANDEZ
Escuela Superior de Cc. Familia
Sevilla

0. IMPORTANCIA DEL EMPLEO PARA EL DESARROLLO FAMILIAR

El trabajo es «esencialmente una actividad social, que se realiza en función de un conjunto de expectativas y exigencias sociales, tanto conscientes como inconscientes, manifiestas o encubiertas» (Neff, W. 1972, 18).

Todos sabemos que el trabajo ocupa un lugar central en la vida y crecimiento personal y social. Son muchos los autores que han destacado el papel del trabajo como pilar básico de la salud. Recordamos aquí la intuición freudiana acerca de la persona sana como aquella que ama y trabaja. Aunque si bien, estos dos rasgos constituyen por sí solos materia para un innumerable elenco de investigaciones sobre psicología y sociología de la salud, también es cierto que en muchas ocasiones desde estas ciencias sociales se ha olvidado y sesgado el estudio de la personalidad en dirección a los componentes afectivos dejando relegada a un segundo plano la importancia de la situación sociolaboral de las personas.

Han sido dos psicoanalistas culturalistas, E. Erikson y E. Fromm, los que partiendo de las intuiciones freudianas y retomando las aportaciones de la psicología social y de la sociología han completado la visión del desarrollo con términos como los de «generatividad», y el de «hombre productivo». El primero de ellos, propuesto por Erikson (1985), destaca la

importancia de la capacidad para crear y cuidar de la generación futura como rasgos distintos de la madurez.

El hombre productivo es aquel que puede emplear todas sus fuerzas y realizar sus capacidades congénitas. (Fromm, E. 1980, 99). como este autor nos aclara, la productividad no es simplemente actividad que produce unos resultados, sino que es una actitud, un modo de reacción y de orientación hacia el mundo y hacia sí mismo en el proceso de vivir.

No es nada nuevo reconocer que la familia se fundamenta en los pilares del «amor» y de «la economía» (sustento). La familia tradicional extensa se fundamentaba en mayor medida en la división del trabajo, es decir, la familia era «una verdadera unidad de producción». Por esta razón en las familias extensas trabajo y amor eran una unidad casi indisoluble. Hoy día, sobre todo a partir de la explosión industrial y debido a la implantación de un nuevo modelo de producción económica, la familia nuclear, predominante en nuestro entorno (Pastor R. G., 1988), se caracteriza por poner más énfasis en los vínculos afectivos, ya que el trabajo-empleo suele realizarse fuera del hogar y en no pocas ocasiones se convierte en «un mundo paralelo» a la vida familiar.

En el encabezamiento de nuestro artículo hemos utilizado el término «empleo» y no el de «trabajo» porque nuestra revisión se centrará en la específica relación sociolaboral contractual que caracteriza al empleo.

El empleo es el trabajo realizado en condiciones contractuales por el que se recibe una remuneración material» (Jahoda M., 1987; Warr, P. 1987). En nuestra actual sociedad capitalista occidental, el trabajo se realiza preferentemente en condiciones contractuales, es decir, es un trabajo asalariado (empleo) enmarcado en la dinámica específica de la ley de la oferta y la demanda.

El empleo se ha convertido en elemento prioritario de la construcción de la estructura familiar en nuestra sociedad. La elección de pareja y la obtención de un empleo son preocupaciones prioritarias de nuestros jóvenes. (Informe de la Juventud. 1989, Fundación Santa María). A través del empleo, la familia realiza la mayor parte de los intercambios con la sociedad. Tener un empleo se ha convertido en la forma de garantizar unos ingresos que permiten acceder a la vivienda, la alimentación y el vestido, así como conservar un status y disponer de un círculo amplio de relaciones sociales.

La no entrada en el mercado laboral (privación-no empleo) o la pérdida del empleo conseguido (desempleo) son reconocidos como sucesos estresantes de importancia suma para la salud. (J. M. Blanch, 1986; M. Jahoda, 1987; Buendía Vidal J. 1987).

A pesar de los cambios que se están produciendo en la ética del trabajo, hoy día la gran mayoría de los jóvenes están altamente preocupados por la consecución de un empleo. Como dicen Miguel Valles, Alberto Moncada y Manuel Callejo (1987, 107-8) «el trabajo ha perdido valor entre los jóvenes, pero no hay alergia hacia él. ...La juventud de los años ochenta tiene una actitud hacia el trabajo distinta a la que portaban las generaciones jóvenes anteriores. Es más realista. No es la actitud confiada y optimista, como la de los jóvenes del auge desarrollista de los sesenta. Tampoco una actitud pesimista y negativa que ve en el trabajo toda fuente de alienación».

Sin olvidar que estamos en una época de profundas transformaciones de la concepción del trabajo, en la que el ocio se abre como alternativa a la introducción masiva de las Nuevas Tecnologías (A. Schaff, 1982) y en la que la escasez prevista de trabajo va a permitir que el trabajo deje de cumplir con tres de sus funciones específicas —en primer lugar, ya no será el instrumento prioritario de socialización; en segundo lugar, tampoco es el instrumento prioritario de realización de la persona y en tercer lugar, no podrá ser el instrumento exclusivo para el reparto de la renta» (García-Nieto J. N. 1989, 20)—hemos de reconocer que la redistribución social del trabajo y más concretamente la consecución de un empleo está, cuanto menos, ejerciendo importantes influencias en la concepción de la familia y en la distribución de su estructura.

A continuación vamos a resumir las investigaciones sobre desempleo que se han focalizado sobre la importancia de la situación sociolaboral para la familia. La finalidad de esta revisión primera está en el deseo de ir completando estas investigaciones con posteriores artículos y desde el marco específico de la Orientación y Terapia Familiar implementar coordinadas de actuación para las familias que padecen situaciones de desempleo.

1. EL DESEMPLEO COMO EVENTO ESTRESANTE PARA LA VIDA FAMILIAR

1.1. *Desempleo y Relaciones Matrimoniales*

La incertidumbre económica que acarrea el desempleo y las situaciones de subempleo o empleo marginal son razones poderosas para posibles deterioros de las relaciones familiares (Furstenberg, 1974, 355).

Los primeros estudios sobre desempleo llevados a cabo poco después de la Gran Depresión de 1930, comparten la idea de que el desempleo del esposo tiene un efecto negativo sobre:

- 1) la autoestima del esposo desempleado y sobre su funcionamiento individual
- 2) la relación marital y
- 3) sobre las relaciones familiares.

M. Jahoda, P. Lazarsfeld y Hans Zeisel (1974) en el estudio ya clásico, «Marienthal. The Sociography of an unemployed community», realizado en esta pequeña localidad austriaca, fueron los primeros que en la década de los años treinta afrontaron la investigación sobre el desempleo con criterios globales. A pesar de los cientos de estudios que desde entonces se han llevado a cabo y de que se han utilizado metodologías mucho más sofisticadas científicamente, el trabajo realizado en Marienthal contiene una riqueza descriptiva y una profundidad cualitativa propias de las investigaciones de campo que falta en gran parte de los estudios modernos.

Como dice Jahoda, «nuestras investigaciones en Marienthal comenzaron con visitas a las casas de cerca de cien familias». Aprovechando el reparto de ropa para los miembros de la Comunidad, los investigadores pudieron a través de las observaciones y entrevistas aprender mucho acerca de las posturas de las familias ante el desempleo.

Construyeron una tipología basada en un ciento de familias, que estaba distribuida de la siguiente manera:

Unbroken (No rotas, íntegras)	=	16
Resigned (Resignadas)	=	48
In despair (Desesperadas)	=	11
Apathetic (Apáticas)	=	25
Total		100

A continuación vamos a describir cada bloque de familias, clasificadas de esta forma en el estudio de Marienthal, pues nos dan una idea de las distintas actitudes que puede tomar una familia ante el desempleo.

La actitud más generalizada y común en Marienthal era la de dejarse llevar, la de indiferencia, estar sin expectativas y aceptar que la situación no podía cambiarse. Son las familias a las que los autores denominaron «*Resignadas*». Estas familias están en una relativa calma de humor e incluso esporádicamente tenían momentos recurrentes de serenidad y disfrute. Sin embargo, el futuro en forma de planes no tiene lugar en el pensamiento o en los sueños de estas familias.

En las familias «resignadas» los autores encontraron la casa bien ordenada y los niños estaban bien cuidados. Así pues, este primer grupo de familias, el más extendido en Marienthal, se caracterizaba por no tener planes, ninguna relación al futuro, ninguna esperanza y una restricción extrema de todas las necesidades más allá de las fundamentales. Al mismo tiempo mantenían el hogar y el cuidado de los niños y tenían un sentimiento global de bienestar relativo.

El segundo tipo de familias, «*Unbroken*» (*Integras, no-rotas*), de las que los autores encontraron 14 de las 100, se caracterizaba por la impresión de una mayor actividad. Se caracterizaban por el mantenimiento del hogar, de la actividad, esperanzas y planes para el futuro, tener una vitalidad mantenida y por intentos continuados para encontrar empleo.

El tercer grupo es el de las familias «*In despair*» (*Desesperadas*). Como en el caso de las familias «resignadas» y en las «íntegras», ellos tenían sus casas en orden y cuidaban sus hijos, pero hay que añadir un grado alto de desesperación, depresión, desesperanza, un sentimiento de futilidad de todos los esfuerzos, que les lleva a no hacer más intentos por encontrar trabajo o aminorar la situación. En vez de realizar dichos intentos están constantemente comparando el presente con un pasado que fue mejor.

Por último, el cuarto tipo de reacción familiar, es el denominado «*Apathetic*» (*Apáticas*). Este grupo de familias difiere por la ausencia de un hogar ordenado. La apatía y la indolencia son rasgos característicos de estas familias. Dejaban que las cosas tomaran su curso sin hacer ningún intento para salvar algo del colapso. Su principal característica es la pasividad y la ausencia de cualquier esfuerzo. Se mueven dentro

del terreno de la satisfacción inmediata de las necesidades, que a menudo, como describen los autores, llega a ser irracional, pues ante necesidades primarias de alimentación muchos sujetos sembraban «flores en el huerto en vez de patatas».

Tras una investigación posterior de los mismos autores y una vez que había pasado el período de las necesidades más urgentes, clasificaron a las familias de nuevo, hallando que solamente un siete por ciento de las mismas se podría clasificar como «Rotas», es decir que se habían colapsado ante el desempleo. El resto, 70 por ciento se podrían clasificar como familias resignadas y un 23 por ciento de familias «no rotas, íntegras».

Si bien las condiciones socioeconómicas de la década de los años 30 eran bien distintas de las actuales y el desempleo de hoy día no está enmarcado en las coordenadas de pobreza de entonces, nos parece que la tipología construida por los autores tiene absoluta vigencia.

Los autores profundizaron también en los efectos del desempleo en las relaciones dentro de la familia a través de conversaciones con las esposas. Hablan de que en algunas ocasiones, el desempleo mejoró la relación del esposo y la esposa. Así por ejemplo, en una familia la nueva situación forzó al esposo a dejar la bebida. También la presencia en casa del esposo para una esposa que se sentía olvidada era fuente de satisfacción (p. 89). Por el contrario, en algunos matrimonios que se habían desarrollado bastante normalmente antes, las nuevas presiones crearon tensión nerviosa y discusiones ocasionales.

Finalmente, los autores encontraron que hay casos en los que las relaciones familiares son seriamente dañadas como resultado del desempleo.

En general, parece que las mejorías en la relación entre el esposo y la esposa como consecuencia del desempleo son excepcionales.

En matrimonios felices comienzan a aparecer discusiones menores con mayor frecuencia que antes del desempleo. En matrimonios inestables, las dificultades se hacen más agudas. Las tendencias latentes en un matrimonio se intensifican por circunstancias externas como es el caso del estrés creado por la pérdida del empleo.

La influencia del desempleo en la dinámica familiar parece estar mediada por el grado de unidad y organización familiar previo, seguir donde se sitúe el foco de la culpa por estar desempleado y por el nivel de adaptabilidad y flexibilidad del rol de los esposos. (Larson Jeffrey H. 1984, 503).

Cavan (1959) en una revisión de la literatura sobre las familias durante la época de la Gran Depresión, notó que el desempleo a menudo llevaba a la desorganización y al replanteo de los roles dentro de la familia. Esto a menudo incluye un incremento en la autoridad de la esposa y de su papel en la toma de decisiones durante el desempleo del esposo, incluyendo la responsabilidad añadida de la dirección de las finanzas familiares (Bakke, 1940).

Si la esposa u otro familiar asume el rol del principal asalariado, las relaciones interpersonales llegan a ser más tirantes. (Strouffer y Lazarsfeld, 1937).

Si el esposo busca un nuevo empleo y no puede encontrarlo, su nuevo papel le hace sufrir a los ojos de su familia. Esta desorganización y reorganización de los roles puede tener un efecto negativo sobre el ajuste marital y la comunicación. Este efecto se ha encontrado que es particularmente pronunciado cuando las expectativas del rol marital de la pareja son tradicionales (Angell, 1936; Bakke, 1940; Cavan y Ranck, 1938).

Finalmente los efectos del desempleo pueden resultar en separación o divorcio. Sawhill, Peabody, Jones y Caldwell (1975) encontraron que el desempleo sustancial estaba fuertemente correlacionado con la separación marital.

En general, los padres desempleados tienden, según Berry L. G. y Chiappelli F. (1985), a experimentar un incremento en las siguientes esferas psicosociales:

- Enfermedad física, como por ejemplo hipertensión, enfermedades crónicas.
- Uso de alcohol y abuso de drogas.
- Conductas nocivas, como suicidio o conducta hostil.
- Conducta antisocial, como abuso familiar, homicidio, entre otras.
- Enfermedad mental que lleva a la hospitalización.
- Episodios de depresión.

- Separación y divorcio.
- Un número de miembros familiares con baja autoestima y valía personal.
- Rivalidad por los recursos familiares limitados.

Larson J. H. (1984) encontró en un estudio con 41 parejas desempleadas y 40 empleadas, que las parejas desempleadas tenían significativamente una más baja adaptación marital, peor comunicación y más baja satisfacción y armonía en las relaciones familiares en comparación con las parejas empleadas. Según este autor, la adaptación marital baja durante el desempleo puede ser parcialmente atribuida a los roles maritales inflexibles. Los estudios de Aldous (1969), Levitan (1971) y de Marciano (1974) han puesto de manifiesto que las expectativas de rol marital y las conductas eran más tradicionales en los matrimonios de «cuello azul» que en los de «cuello blanco», lo que nos indica que el nivel formativo y educativo es una variable importante a tener en cuenta en la flexibilidad-inflexibilidad de los roles familiares.

La reducción de los gastos familiares es significativamente mayor para los desempleados, sobre todo en comidas fuera del hogar, gastos en gasolina y en consumo de energía. (Larson J. H., 1984).

Con la pérdida del empleo, un miembro de la familia pierde una importante fuente para ganar recursos que son de uso común. No solamente disminuyen los recursos económicos, sino también el estatus, las habilidades adquiridas y las relaciones con el mundo social que rodea al trabajo, entre otros.

Hemos de tener en cuenta que la contribución de recursos es una importante base para las relaciones de intercambio social, sobre todo en el interior de la familia, llegando a convertirse en una fuente destacada de poder familiar (Blood y Wolfe, 1960). Estos autores destacan que de acuerdo con la teoría de los recursos, el poder de influencia de un miembro de la familia decrece con la capacidad disminuida para hacer contribuciones sustanciales al presupuesto común. Desde la teoría social del intercambio (Nye, 1979), se hace referencia a que «el valor», «su atracción», se deprecia con la devaluación de las contribuciones de recursos. Eso de que «vales lo que aportas», suele ser muy común en la distribución de los roles familiares.

Varios estudios han comprobado que al perder un miembro de la pareja poder contributivo en recursos a la familia también pierde valor lo que dice y opina. (Komarovsky, 1940; Schindler, 1979).

En un estudio más actual, Kirchler E. (1988) afirma que en la vida diaria de las parejas casadas deben tomarse incontables decisiones. La responsabilidad de compra parece, según él, un área significativa para el estudio del poder y del conflicto marital. En una investigación que llevó a cabo focalizando el tema del poder sobre las experiencias de compra de parejas empleadas y desempleadas, comprobó que los modelos de poder se desestabilizaban tras el desempleo. Los mantenedores del hogar que perdieron el empleo perdieron también su posición de poder marital. Mientras que las parejas empleadas informaban de que los esposos tenían la mayor parte que decir en el matrimonio con respecto a las compras, las parejas desempleadas atribuían menos poder al esposo. Esta desestabilización del poder marital causaba insatisfacción marital. A mayor duración del desempleo, más dependiente llegaba a ser el esposo de la esposa, y más independiente llegaba a ser la esposa del esposo en las situaciones de compra.

Entre nosotros, A. Rodríguez Fernández, M. Domenchech y M. A. García Martínez (1982), estudiaron la influencia del paro en las alteraciones familiares. Mediante una entrevista estructurada examinaron a una muestra granadina de 50 personas, hombres y mujeres de nivel socioeconómico bajo y todos ellos perceptores del subsidio de desempleo. De su estudio obtuvieron las siguientes conclusiones:

- las relaciones familiares quedan afectadas en un porcentaje alto de los sujetos y más en los varones que en las mujeres.
- estas alteraciones se dan en mayor porcentaje en hombres casados que en mujeres casadas. Dichas diferencias podrían explicarse por la distinta responsabilidad social que se exige a los varones y a las mujeres en cuestión laboral. (Rodríguez A. F. y otros, 1982, 225).

González Duro E. (1982) en un artículo titulado «Desempleo y Psicopatología» nos describe con tintes un tanto pesimistas, el cuadro de las familias desempleadas:

«Además, el paro da lugar a graves problemas de desarmonía familiar, especialmente cuando la esposa ha de trabajar para sacar a la familia adelante, pasando casi todo el día fuera de casa, lo que implica un brusco cambio en los roles familiares, un cambio que a menudo resulta humillante para el parado. Este ha de pasar todo el tiempo en casa, al cuidado de los niños, ante lo que se siente falto de autoridad moral e incapaz de evitar que no asistan al colegio, que se revelen y que se conviertan en unos golfos. Entonces se siente frustrado, sin saber que hacer, deprimido, aburrido y sin interés alguno por participar en la vida del barrio, o en cualquier actividad sindical, política o comunitaria. Se aísla cada vez más, y carente de expectativas concreta y de fe en sí mismo o en los demás, no lucha, se conforma y se resigna de un modo fatalista. A menudo se refugia en la taberna y pasa el tiempo bebiendo alcohol, lo que sin duda acarrea nuevos conflictos familiares, cayendo en un terrible círculo vicioso» (González D. 1982, 220-21).

Buendía Vidal J. (1987), en un trabajo realizado sobre el desempleo en la provincia de Murcia, comprobó que la sintomatología depresiva era notablemente más frecuente en las mujeres que en los hombres de la población empleada. Sin embargo, en la muestra de desempleados eran los varones los que mostraban mayor vulnerabilidad a la depresión. Es decir, parece que aún en nuestro país predominan los roles tradicionales que inciden en que los varones son los principales sustentadores económicos de la familia. El modelo tradicional parece exigir más responsabilidad a los varones en cuanto a la necesidad de un empleo o al menos los sujetos varones desempleados dan muestras de padecer en mayor grado la falta de un trabajo.

Penkower, L.; Bromet, Evelyn y Dew Mary (1988) en un estudio acerca del paro de los esposos y la salud mental de las esposas realizado con 73 mujeres cuyos esposos estaban continuamente empleados y con 76 mujeres cuyos esposos experimentaban persistente o recurrente desempleo, halló que las esposas que estaban ya tensionadas financieramente, tenían menos ayuda adecuada de los parientes, y las que tenían una historia familiar de enfermedad psiquiátrica eran más vulnerables cuando sus esposos estaban desempleados. Ridley, C. y Wilhelm (1988) llegaron a conclusiones parecidas al comprobar que los niveles de estrés económico de las esposas

estaban relacionados con las actividades del esposo durante el tiempo de desempleo.

Buss y Redburn (1983) informaron que las esposas de los trabajadores desempleados señalan tener más sentimientos de agresividad, desesperanza y de victimización. Las esposas muestran también un incremento de la depresión, ansiedad y de los conflictos interpersonales con el desempleo prolongado (Liem y Raymon, 1982).

Desde un punto de vista del ciclo vital familiar parece que el desempleo conduce a una interrupción o ruptura del mismo. (Carter y MsGoldrick, 1980).

La satisfacción laboral es una piedra importante para la construcción de una adecuada vida marital y familiar (Satines, 1980). La traspolación de los conflictos sociolaborales a la vida familiar es un hecho de sobra conocido. Así como también el mundo del trabajo puede hacer de receptáculo de los conflictos familiares, es decir, que la familia se convierte en el contexto donde los conflictos laborales muestran su mayor crudeza.

1.2. *El desempleo y su influencia en el desarrollo infantil y de los adolescentes*

Se ha comprobado que en general se dan con mayor probabilidad en las familias de desempleados los casos de desatención, abandono y descuido infantil, así como el abuso sexual por parte de los padres.

Es difícil saber si los malos tratos son consecuencia directa del desempleo de los padres, aunque parece que éste acrecienta y posibilita la aparición de los conflictos familiares con respecto a los niños y adolescentes. Steinberg y col. (1981) a través de un estudio de series temporales agregadas, relativo a los niveles totales de abandono infantil recogido en Estados Unidos en un período de 30 meses, no hallaron ninguna evidencia de relación entre las condiciones económicas y el descuido de la infancia, aunque señalan que había una relación significativa y negativa entre el abuso recogido y el tamaño de la fuerza laboral dos meses antes.

Para Moen (1979) las familias más afectadas por el desempleo son aquellas que tienen hijos de corta edad. Asimismo, Magde (1983) señaló al menos la evidencia indirecta

de que los niños de los desempleados podían estar en un riesgo de privación material, estigma social y abuso físico y mental. Justice y Justice (1982) también señalaron que el desempleo es un antecedente que provoca estrés y que éste puede conducir el abuso infantil.

Según M. Jahoda (1987) tanto en la década de los años treinta como en la de los ochenta existe acuerdo entre los investigadores en que el impacto del desempleo sobre los niños y los jóvenes podría ser muy perjudicial psicológicamente.

Friedemann, M. L. (1986) en un estudio con 52 familias blancas que tenían un hijo en el jardín de infancia, comprobó que los hijos de familias con estrés económico prolongado y otras dificultades tendían a presentarse más retraídos que el grupo de niños control.

Krugman, Richard y col. (1986) a través de un estudio de los registros de un equipo de protección infantil desde 1964 a 1985 confirmaron la relación entre desempleo y el abuso físico de los niños.

Margolis L. y Farran D. (1985) en un estudio con 121 familias, vieron que la pérdida de trabajo tenía consecuencias que revertían en toda la familia. Los niños de padres con trabajo inestable o empleo perdido, manifestaban un riesgo incrementado de problemas médicos y de conducta.

Las preocupaciones que ocupan a los padres durante períodos de crisis económicas y ante el desempleo se transmiten a los hijos. Así por ejemplo, Pautler, K. y Lewko J. (1985) en un cuestionario de 75 ítems que aplicaron a 1021 estudiantes de los grados 6, 9 y 12, referentes a sus ansiedades y preocupaciones, vieron que la incertidumbre económica fue postulada como una fuente de preocupaciones múltiples tanto para los niños como para los adolescentes.

Olafsson O. y Svensson P. (1986) en un estudio sobre los cambios de estilo de vida relacionados con el desempleo y las perturbaciones en los adolescentes y niños en los países del Este, comprobó que los niños de familias desempleadas sufren varios tipos de desórdenes psicosomáticos, tomaban una parte menos activa en programas proveedores de educación para la salud y acudían en un número más elevado a los hospitales.

La pérdida de ilusiones, la apatía o la resignación que vivían los padres de las familias de Marienthal estudiadas por

M. Jahoda y otros (1974), se proyectaba en las actitudes ante el futuro los niños y adolescentes.

«Yo quiero ser un piloto, un capitán de submarino, un jefe indio, y un mecánico. Pero me temo que será muy difícil encontrar un empleo» (Niño de 12 años, Marienthal).

Para los niños mayores, el desempleo es frecuente que llegue a ser un problema personal, incluso cuando el niño en sí mismo no está afectado por él. En la etapa de latencia, en la que los preadolescentes tienen necesidad de identificación con la figura paterna, los niños mayores sufren un duro golpe al sentir cómo su padre está desempleado y va perdiendo paulatinamente su autoestima, su autoridad moral y en ocasiones muchas de las relaciones sociales previas.

En Marienthal se organizó un concurso sobre «Cómo veo yo mi futuro» en el que hubo una participación muy escasa, solamente un 15 por ciento de los niños acudió al concurso, lo cual da muestras del escaso interés por el tema.

Entre los quince ensayos realizados, cinco fueron escritos por aprendices. Las diferencias entre sus contestaciones y las de los que no trabajaban eran marcadas. Los aprendices desarrollaron planes específicos e individuales para el futuro en el contexto del oficio que ellos aprendían; los otros niños expresaron solamente esperanzas acerca de un futuro mejor, acerca del socialismo, cuando «todo el mundo tendría más de 300 schillings por mes», acerca de la revolución mundial que los liberaría de la opresión, pero nada acerca de su particular futuro» (M. Jahoda, 1974, 61-62).

Algunos padres desempleados hablan de un incremento de los desórdenes de conducta entre sus hijos (Fagin y Littele, 1984).

Como podemos apreciar muchos de los problemas de los niños de familias desempleadas son similares a los de niños de familias con bajos ingresos, tales como la falta de rendimiento escolar y el aumento de las quejas somáticas. (Madge, 1983).

Son varios los autores que hablan de dificultades de los adolescentes para despegar del hogar como consecuencia del desempleo. La «adolescencia forzosa» (A. Moncada, 1979), y la moratoria del crecimiento, tiene una importancia clave en

amplios sectores de la población juvenil que pasan varios años para conseguir su primer empleo.

La proporción de niños y adolescentes que van a vivir la experiencia del desempleo a través de los padres o de algún familiar cercano se ha incrementado considerablemente en los últimos años. Se habla de que el «desempleo estructural» afecta en España casi a cuatro millones de ciudadanos (Parra Luna, 1988). Si tenemos en cuenta que nuestro índice de natalidad está en aproximadamente dos hijos por familia, es fácil comprender que unos ocho millones de niños se ven afectados por situaciones de desempleo en sus familias. Así pues, el desempleo se convierte en uno de los estresores vitales de mayor importancia por encima de las enfermedades infantiles, divorcio y otros sucesos estresantes para la vida infantil.

1.3. *El desempleo y el rendimiento escolar*

M. Jahoda (1974) cuando analizaba las familias y la educación en Marienthal llega a la conclusión de que no había problemas especiales con los niños, o al menos no había más problemas que en otras comunidades, y esto fue confirmado por los profesores. Los autores del estudio de Marienthal, tras múltiples entrevistas con los padres tenían la impresión de que la autoridad parental no había sufrido en ninguna forma tras el desempleo. Sin embargo, Jahoda (1987) habla de que muchos de los estudios realizados en Alemania antes de que el nazismo apareciera, demostraron que el rendimiento escolar de los niños disminuía al quedarse sus padres sin empleo, especialmente entre aquellos cuyo rendimiento escolar solía ser alto.

Gurney, Ross M. (1980) estudió los efectos del desempleo sobre el desarrollo de los que abandonan la escuela. La transición de la escuela al mundo laboral se está convirtiendo en un área prioritaria de estudio necesitada de revisión y profundización. Las dificultades de muchos jóvenes para poder realizar adecuadamente un pasaje provechoso desde la escuela al mercado laboral se están aumentando en las últimas décadas. Gurney encontró que los sujetos de su estudio (edad media 16.5 años) que habían encontrado un trabajo, sobre todo las chicas, mostraron un desarrollo psicosocial significativo mientras que los que volvieron a la escuela o estaban desem-

pleados no mostraron crecimiento psicosocial ninguno siguiendo el modelo desarrollo de E. Erikson.

En el año 1986 realizamos un estudio con escolares de 5.º y 6.º de E.G.B., hijos de padres empleados y de padres desempleados, con el fin de comparar los resultados en rendimiento escolar.

Encontramos que el retraso escolar, medido por la edad en que realizaban los respectivos cursos, era significativamente más elevado en la muestra de hijos de padres desempleados. (Garrido F. M. 1986).

En cuanto a la adaptación familiar de los hijos en función de la situación sociolaboral de los padres no encontramos diferencias significativas entre ambos grupos.

Tampoco encontramos diferencias significativas a nivel de inteligencia general. Ahora bien, los hijos de padres empleados obtuvieron mejores aptitudes escolares en: dimensión verbal y en razonamiento (Mediados a través de PMA de L. L. Thurstone).

En resumen, encontramos que los hijos de padres desempleados teniendo el mismo nivel de inteligencia general que el grupo de hijos de empleados, obtenían, sin embargo, un mayor retraso escolar, calificaciones inferiores y menores aptitudes escolares en las dimensiones verbal y de razonamiento.

La falta de motivación de logro y la difundida apatía de los trabajadores asalariados desempleados del sector agrícola andaluz, nos parecía que iba haciendo mella en las expectativas de los niños en edad escolar. El «Yo para que voy a estudiar si mi padre me va a sacar la cartilla del paro», que nos comentaba un alumno, no es una actitud aislada en los medios de alta frecuencia del desempleo prolongado.

Gordon L. Berry y F. Ciappelli (1985) llevaron a cabo un estudio sobre las relaciones del estado de la economía y el desarrollo psicosocial de los niños en edad escolar. Encontraron que durante los períodos de elevado desempleo los niños en edad escolar traían a las clases con frecuencia una especie de «polvillo radioactivo», así le llaman metafóricamente los autores, proveniente del estrés y de las ansiedades que sus padres o familiares experimentaban en los hogares.

Algunos de los estresores psicosociales más comunes por el desempleo y sus efectos sobre los padres y los niños son:

- Disminución de los recursos familiares generales.
- Disminución de la dieta familiar adecuada.
- Disminución del cuidado dental y de la medicina familiar preventiva.
- Disminución de la recreación familiar y del tiempo de ocio.
- Disminución de la solvencia para comprar y en la seguridad en temas que son propios de sus contemporáneos y en su grupo de pares (como por ejemplo, ropa, juegos y eventos especiales).
- Incremento de la rivalidad por la limitación de los recursos familiares. (Berry G. L. y Chiappelli F. 1985, 301).

El trabajo de los educadores en los medios de elevado desempleo se ha comprobado que afecta de forma significativa a las percepciones y a la salud general de los mismos (Selig M. S. y Kugler M. 1985). Estos autores denominan el «efecto rizo» a los cambios que se producen en los asesores educativos que tienen contacto continuado con familias desempleadas. Los resultados de la investigación sugieren que los asesores escolares del hogar percibían indicadores de «apagamiento» en sus compañeros de trabajo. Parece ser que el aumento de las cargas laborales que sufrían, así como el número y la severidad de los problemas familiares que trataban contribuía al desarrollo de los signos de apagamiento en sus actitudes hacia su trabajo.

Como podemos comprender la situación de desempleo de gran número de padres de escolares afecta a todo el contexto educativo. La falta de metas, la desmotivación y el afrontamiento cotidiano de muchas de estas actitudes hace mella en las capacidades del profesorado. Como afirman los autores de este estudio se hace necesario que los educadores tomen conciencia del efecto envolvente del trabajo con familias desempleadas. Este aspecto así como otras matizaciones prácticas las tocaremos en el siguiente apartado.

1.5. *Conclusiones y Aplicaciones a la Orientación Familiar*

Parece ser que la situación de elevado desempleo en nuestra sociedad contemporánea está ejerciendo importantes

influencias en la dinámica familiar de muchos hogares. Para los profesionales de la salud no se trata de polemizar sobre las cuestiones sociopolíticas de un tema socioeconómico, sino de atender a miles de familias que necesitan ayuda técnica por encontrarse ante eventos estresantes en sus vidas, lo cual no es un obstáculo para la pertinente toma de posturas sociopolíticas en un tema tan crucial.

Ya sea por el detenimiento del desarrollo de la familia o la ruptura de la propia dinámica estructural de la misma, el desempleo ejerce múltiples influencias en el entramado del grupo familiar.

Tal vez la redistribución de los roles maritales sea el aspecto que más tiene que ver con las tareas de la Orientación Familiar. Como hemos destacado en varios estudios revisados, la flexibilidad-inflexibilidad de las expectativas de roles acentúa y causa sufrimiento a la ya difícil situación de pérdida-privación laboral.

Existen muchos factores mitigantes de los problemas que puede causar el desempleo entre las familias. Así por ejemplo, se ha destacado la importancia decisiva de la ayuda social a través de los beneficios de desempleo. La concesión de servicios de bajo costo (medicamentos, ropa, seguros, etc.) son el elemento primordial para ayudar a las familias que son víctimas del desempleo. A estas ayudas se unen los programas de reentrenamiento, como los de trabajo a tiempo parcial que se ha probado reducen también los efectos negativos del desempleo (Fagin y Little, 1984; Kilpatrick y Trew, 1985).

Los factores personales, como las habilidades adquiridas, las aptitudes, los recursos personales y la ayuda de la familia, son claves para mitigar los efectos de la situación.

Las estrategias de afrontamiento familiares del desempleo han sido descritas por varios autores, entre los que destacan McCubin (1980). Este autor resalta que las estrategias de afrontamiento son los procesos por los que la familia consigue y mantiene un equilibrio de las condiciones internas y externas que conserva y promueve la organización y la unidad, así como la independencia de sus miembros, la autoestima y el desarrollo. Utilizando estrategias cognitivas de afrontamiento la familia logra que el evento estresante no rompa el sistema.

A través de connotaciones positivas del suceso o de otras posibilidades se ayuda a la familia a explorar otras opciones.

C. Fleuridas (1987) pone el ejemplo de que los miembros de la familia pueden trabajar juntos para ofrecer distintos servicios a los vecinos.

No todos los recursos de afrontamiento son igualmente exitosos. Así por ejemplo, sabemos que el uso de alcohol y de otras drogas es común en muchos desempleados.

Muchos investigadores que han estudiado los efectos del desempleo y los resultados de varias intervenciones han llegado a la conclusión de que la respuesta de afrontamiento más beneficiosa es buscar y encontrar un reemplazo satisfactorio. (Fagin y Little, 1984; Pryor y Ward, 1985).

Colette Fleuridas (1987) resume las intervenciones ante el desempleo en tres tipos de afrontamiento:

— *Aproximación Tradicional*. El modelo tradicional de consejo vocacional presta poca atención a la influencia y necesidades de la familia y mucho menos a las condiciones económicas de la nación. Este modelo se focaliza en el individuo, tratando sus necesidades, habilidades, recursos, estado vital y el desarrollo de la carrera. Según esta autora el desempleo desde este modelo es visto como una responsabilidad del individuo.

— *Aproximación de la Terapia Familiar*. Desde hace unos años, grandes autoridades en lo que respecta al asesoramiento a los desempleados han demostrado mayor sensibilidad a los límites socioeconómicos puestos en la pérdida del empleo, incluyendo a la familia en el asesoramiento terapéutico y en el tratamiento del desempleo. (Cramer y Keitel, 1984; Zingaro, 1983).

Como recoge Fleuridas, las intervenciones terapéuticas van desde la aproximación estructural de la familia (Minuchin, 1974) hasta el consejo grupal para los niños (Cramer y Keitel, 1984; Jones, Pearsall, y Gibson, 1984).

La psicoterapia tradicional se ha encontrado que es de valor limitado para atender las necesidades de los desempleados (Abbott, 1984; Fortin, 1984). Sin embargo, nuestra experiencia de trabajo durante dos años con grupos de jóvenes deprimidos desempleados en la Cruz Roja de Salamanca, nos hace poner en duda estas afirmaciones, sobre todo, teniendo en cuenta que como recoge la literatura sobre el desempleo, existen casos en los que la historia personal previa de los sujetos es la que condiciona la situación de desempleo y no a la

inversa. Es decir, se acepta que una parte de los sujetos desempleados padecen alteraciones previas al desempleo y que probablemente son con más frecuencia víctimas de largos períodos de desempleo. (Warr, P. 1987).

Existe acuerdo en que la terapia familiar por sí misma es insuficiente para un problema con claros tintes sociopolíticos.

— *Aproximación Ecológica.* Algunos autores han criticado los enfoques unilaterales de afrontamiento del desempleo, proponiendo diseños terapéuticos que tratan de incluir no sólo a las familias, sino a ésta en su contexto comunitario y sociopolítico (James y McIntyre, 1983; Liddle, 1985). En nuestro trabajo sobre el rendimiento escolar de los hijos de desempleados y de empleados construimos un modelo socio-comunitario teórico para describir la investigación, que puede ser utilizado para el afrontamiento del desempleo. El enfoque comunitario de la educación requiere, según recogíamos en la revisión de nuestro trabajo, la intervención de múltiples recursos individuales, familiares y sociales-comunitarios propios del medio en el que está enmarcada la escuela. En el tema del desempleo se hace necesario el diálogo multidisciplinar entre el individuo, la familia, la escuela y los organismos institucionales pertinentes (Ayuntamientos, INEM, entre otros).

El modelo ecológico de investigación consiste en la evaluación comprensiva del pasado del individuo y del ambiente familiar, cultural y social presente. Los modelos de creencias y de expectativas de la familia del desempleado han de ser sopesados. La consideración de las redes sociales amplía el círculo de influencia y de valoración del suceso del desempleo. El terapeuta da a la familia el consejo psicológico, interpersonal y sobre la carrera que sea necesario y la información relacionada con las condiciones económicas y políticas, así como las tendencias estructurales que influyen en las condiciones de empleo. La utilización de grupos sociales en los que se puedan integrar los miembros de la familia es de gran eficacia.

En este modelo también se ha propuesto que los terapeutas redefinan el trabajo y el desempleo de una forma que aminore los efectos negativos del estrés del desempleo (Hayes y Nutman, 1981).

Los terapeutas tienen una parte importante que jugar en el desarrollo, evaluación y establecimiento de la aproxima-

ción ecológica en la prevención primaria, secundaria y terciaria del desempleo para tratar de limitar los efectos negativos de la pérdida de empleo preexistente e incrementar las oportunidades para una vida satisfactoria a los individuos, a las familias y la sociedad en su conjunto (Fleuridas C. 1987).

Shelton B. K. (1985) es también de la opinión de que los profesionales que trabajan con desempleados deberían estar preparados para tratar con la depresión, la ansiedad y la pérdida de autoestima en el individuo. Destaca esto en primer lugar porque estas emociones pueden influir en la búsqueda exitosa de empleo, pero nos recuerda que otros recursos han de implementarse para que el proceso de asesoramiento y terapia tengan éxito. La atención a los problemas familiares y la capacidad de realizar intervenciones en crisis así como la utilización de los recursos comunitarios son instrumentos en muchas ocasiones imprescindibles para ayudar a los desempleados.

Stanley H. Cramer y M. A. Keitel (1984) distinguen entre «intervenciones no terapéuticas» e «intervenciones terapéuticas» con respecto al afrontamiento de las consecuencias del desempleo.

Entre las intervenciones no terapéuticas se refiere al envío de las familias al servicio estatal de empleo o a un consultorio especializado en asesoramiento laboral, que en muchas ocasiones es el primer paso y puede resultar crucial. También se ha comprobado como la asistencia a las necesidades diarias concretas es un amortiguador eficaz de los efectos del desempleo.

Cramer y Keitel inciden cómo en ocasiones los miembros de las minorías étnicas requieren un asesoramiento profesional adecuado para las carreras.

Los programas de orientación laboral requieren un personal cualificado, informado sobre los recursos del ambiente laboral, que utilizan métodos que combinan la experiencia laboral con la supervisión y la retroalimentación inmediata y que focalizan su trabajo en el manejo de las actitudes laborales y en la adquisición de habilidades para el empleo (Hayes y Nutman, 1981, citado por Cramer y Keitel).

En nuestro país desde hace varios años se vienen desarrollando los servicios del Orientación del INEM que poco a poco van formando equipos de psicólogos y pedagogos especiali-

zados en el entrenamiento para la enseñanza de las técnicas de búsqueda de empleo. Lo que parece que aún no se ha desarrollado en gran medida son las técnicas más puramente terapéuticas, que resumiremos a continuación, en el medio específico de la Orientación Profesional.

Cramer y Keitel consideran que las intervenciones terapéuticas se han beneficiado del número creciente de investigaciones sobre los efectos del desempleo en el individuo. Así por ejemplo se sabe que en general muchos individuos se culpan por la pérdida del empleo y los sentimientos de estabilidad, control y competencia se ven afectados. Se sabe también que la profundidad de esta culpa está influenciada por la peculiar razón atribuida por el desempleado a la pérdida del empleo, por su habilidad para afrontar efectivamente el estrés y por la duración del sistema de ayuda y apoyo del individuo.

Los procesos de culpa llevan tiempo, y estos autores creen que la primera tarea terapéutica con los desempleados es la de hacer esfuerzos directos porque estos procesos se despliegan.

Finley y Lee (1981, cit. por Cramer y Keitel), han propuesto un modelo de asesoramiento para el desempleo que utiliza como meta la división en estadios por los que pasa el desempleado en su vivencia de la culpa. Así en los estadios iniciales de shock, culpa, alivio y rabia, el terapeuta asiste al trabajador desempleado para identificar sus sentimientos, establecer la confianza, colocar las necesidades en una jerarquía adecuada y anunciar la terminación a los amigos y familiares.

Cuando el trabajador está experimentando la negociación y surge la depresión, el terapeuta no sólo asesora a los modelos familiares, la estabilidad económica y los contactos profesionales, sino también alienta al cliente para que lea material relacionado con la auto-ayuda.

En general se le recomienda al cliente que solamente cuando haya aceptado su desempleo, pase a la fase de aprender nuevas habilidades y asentar las ya adquiridas. Aquí empieza la búsqueda de empleo, la preparación, las entrevistas, y el reentrenamiento.

Se trata de que los asesores ayuden a las personas desempleadas para afrontar sus problemas presentes incremen-

tando su motivación hacia las actividades de «búsqueda de empleo» y mejorando la imagen que proyectan en el futuro sobre el empleo, los empleadores y sobre las circunstancias de su trabajo.

Esta preparación para la «búsqueda de empleo» ha sido cuestionada por algunos quienes piensan que si la búsqueda fracasa todo el proceso llevado a cabo incrementa el estrés. No sin razón hay quien piensa que ante el desempleo estructural es un error preparar a los desempleados con estrategias de afrontamiento centradas predominantemente en metas laborales. P. Warr (1982) aconseja trabajar con la autoestima de los desempleados para fortificarla independientemente de la identidad laboral. En muchas ocasiones los sujetos desempleados sufren por el excesivo centramiento en una concepción unilateral del trabajo, que en general es un trabajo asalariado. La posibilidad de una reestructuración cognitiva del mundo sociolaboral puede ser en ocasiones más beneficioso para el asesoramiento que el centrarse en la adquisición de habilidades de búsqueda de empleo.

El modelo estructural de terapia familiar propuesto por Salvador Minuchin (1974) ha sido utilizado en muchas ocasiones como paradigma para el afrontamiento de los efectos del desempleo en familias. La redefinición de los problemas, la identificación de los focos conflictivos dentro de una visión sistémica puede aportar ayuda a las tensiones que surgen tras el desempleo. La flexibilización de la estructura familiar se convierte en una meta primordial de la terapia sistémica estructural. A través de ella podemos conseguir que los cambios de roles producidos por el desempleo no se vivan destructivamente, sino que por la negociación en presencia de todos los miembros de la familia, puede llegarse a un equilibrio nuevo más sano.

En resumen, desde la Orientación y la Terapia Familiar, hemos de distinguir primeramente dónde se sitúa el foco del estrés y de los conflictos que han surgido tras el desempleo. En ocasiones se hará necesaria una intervención individual con el miembro desempleado para ayudarlo a pasar la situación traumática y poder afrontar la culpa que suele aparecer con frecuencia. Tras la superación de esta crisis, en ocasiones se plantea la necesidad de realizar un adecuado asesoramiento profesional, enviando al sujeto a las Oficinas de

Orientación Profesional o a centros especializados donde le pueden informar de las posibilidades reales de un reemplazo.

Tras esta intervención individual podemos en ocasiones iniciar consultas con la pareja y con la familia si vemos que el núcleo y la estructura familiar se ven alterados por la situación de desempleo de forma que peligran las relaciones interpersonales de los miembros de la misma. En este nivel, se hace necesaria la colaboración multidisciplinar de distintos profesionales de la salud. Las condiciones específicas de los Centros de Orientación Familiar, que cuentan con la ayuda de especialistas en distintas materias relacionadas con la familia, permite que por ejemplo, el trabajador social del equipo pueda iniciar visitas a las familias en condiciones especiales para cubrir los campos de las necesidades más urgentes así como facilitar la información laboral pertinente. Más tarde las personas desempleadas pueden acudir al Centro de Orientación para trabajar terapéuticamente sobre los conflictos interpersonales.

Por último, la creación de grupos de apoyo a los desempleados, donde puedan encontrar en primer lugar comprensión de su situación, puedan ver que el problema no es en muchos casos individual, y donde con la ayuda profesional de los asesores puedan compartir sus experiencias, puede completar la labor de orientación y terapia de las familias desempleadas. No olvidemos que el nivel de intervención comunitaria que cierra el proceso es no sólo necesario, sino que a veces si se soslaya puede llevar a la inoperancia de los anteriores.

La concienciación de la población acerca de los problemas del desempleo así como la evitación de la estigmatización de los desempleados son tareas que corresponde a las campañas sociales en las que los orientadores y profesionales de la salud en general tenemos mucho que decir.

BIBLIOGRAFIA

- Abbott, M. (1984). Unemployment responses from a community mental health perspective. *Mental Health in Australia*, 12, 24-31.
- Aldous, J. (1969). Occupational characteristics and malese: Role performance in the family. *Journal of Marriage and the Family*, 31, 707-13.

- Angell, R. D. (1936). *The family encounters the depression*. New York: Charles Scribner & Sons.
- Bakke, E. W. (1940). *Citizens without work*. New York: Yale University Press.
- Blanch Ribas J. M. (1986) *Desempleo juvenil y salud psicosocial*. Documentos de Psicología Social. Serie Monografías, n. 2, Universidad de Barcelona.
- Blood, R. O. y Wolfe, D. M. (1960). *Husbands and wives*. New York: Free Press.
- Buendía Vidal J. (1987). *Autoestima, Depresión y Paro Laboral*. Nau Llibres. Valencia.
- Burke J. Ronal, (1986). Economic recession and quality of education: experiences of 3336 Canadians Teachers. *Psychological Reports*, 59, 1231-1243.
- Buss, T. F. y Redburn, F. S. (1983). *Mass unemployment*. Beverly Hills, C.A.; Sage Press.
- Carter, E. A. y McGoldrick, M. (Eds.) (1980). *The family cycle*. New York: Gardner Press.
- Cavan, R. S. y Ranck, K. J. (1939). *The family and depression*. Chicago: University of Chicago Press.
- Cavan, R. S. (1959). Unemployment: Crisis of the comman man. *Marriage and Family Living*, 21, 139-149.
- Cramer Stanley y Keitel Merle A. (1984). Family Effects of Dislocation, Unemployment, and Discouragement. En H. Cramer (Ed.). *Perspectives on Work and the Family*. Rockville (81-93).
- Erikson E. H. (1985). *El ciclo vital completado*. Paidós. Buenos Aires.
- Fagin, L. y Little, M. (1984). *The forsaken families: The effects of unemployment on family life*. Penguin Books. Middlesex, England.
- Farran, Clark, D. y Margolis H. Lewis (1987) *The family economic environment as a context for children's development*, en J. H. Lewko (ed.). *How Children and Adolescents View the world of work* (69-87). San Francisco.
- Fleuridas Colette. (1987) *The stress of unemployment: its effects on the family*. *Family Therapy Collections*, 22, 111-22.
- Friedrichs G. y Schaff A. (1982) *Mictoelectrónica y Sociedad*. El Alhambra. Madrid.
- Finley, M. H. y Lee, A. T. (1981). Th terminated executive: it's like dying. *Personnel and Guidance Journal* 59 (6), 382-84.
- Fortin, D. (1984). Unemployment as a emotional experience: the process and the mediating factors. *Canada's Mental Health*, 32, 6-9.
- Fromm, E. (1980). *Etica y Psicoanálisis*. F.C.E. México.
- Furstenberg, F. F. (1974). Work experience and family life. en J. O'Toole (ed.). *Work and the quality of life*. (341-360). Cambridge, M.A.: M.I.T. Press.
- García Nieto J. N. (1989). *La sociedad del desempleo*. Cristianime i Justicia. Barcelona.
- Garrido Fernández M. (1986). *El modelo de padre en paro y el rendimiento escolar*. Caja de Ahorros de Jerez.

- González Blasco y otros (1989). Jóvenes españoles 89. Fundación Santa María. Madrid.
- González Duro E. (1982). Desempleo y Psicopatología. VII Congreso Nacional de Psicología. Universidad de Santiago de Compostela. (220-221).
- Gurney, R. M. (1981). Learning school, facing unemployment, and making attributions about the causes of unemployment. *Journal of Vocational Behavior*, 18, 79-91.
- Berry L. G. y Chiappelli F. (1985). The state of the economy and the psychosocial development of the school-age child. *Elementary School Guidance & Counseling*, 19, No. 4, 300-306.
- Hayes, J. y Nutman, P. (1981). Understanding the unemployed: the psychological effects of unemployment. Tavistock, London.
- Jahoda, M.; Lazarsfeld, P. F. y Zeisel, H. (1933). Marienthal: The Sociology of an Unemployed Community. (Traducción Inglesa, 1972). Tavistock Publications. London.
- Jahoda, M. (1987). Empleo y Desempleo: Un análisis socio-psicológico. Morata. Madrid.
- James, K. McIntyre, D. (1983). The reproduction of families: The social role of family. *Journal of Marriage and Family Therapy*, 9, 119-129.
- Jones, A.; Pearsall, P. y Gibson, D. (1984). Unemployed couples: information and discussion groups. *Mental Health in Australia*, 1, 45-54.
- Larson J. H. (1984). The effect of husband's unemployment on Marital and Family Relations in blue-collar families. *Family Relations*, 33, 503-511.
- Justice, B. y Justice, R. (1982). Etiology of physical abuse of children and dynamics of coercive treatment. En L. R. Banhill (ed.), *Clinical approaches to family violence*. Rockville, M. d. Aspen Systems Corporations.
- Katchadourian H. (1988). La vida a los cincuenta. Ed. Labor. Barcelona.
- Kilpatrick, R. y Trew, K. (1985). Life-styles and psychological well-being among unemployed men in Northern Ireland. *Journal of Occupational Psychology*, 58, 207-216.
- Kirchler, E. (1988). The long arm of unemployment- Change of marital power after job loss. en *Applied Behavioural Economic: based on the International Conference of Economic and Psychology*. Wheatshead Books LTD. G. Britain, 212-227.
- Komarovsky, M. (1940). The unemployed man and his family. Dryden. New York.
- Levitan, S. A. (1971). Blue collar workers. McGrawhill. New York.
- Liddle, H. (1985). Beyond family therapy: challenging the boundaries, roles, and mission of a field. *Journal of Strategic and Systemic Therapies*, 4, 4-14.
- Liem, R. y Rayman, P. (1982). Health and social costs of unemployment. *American Psychologist*, 37, 1116-1123.

- Madge N. (1983). Unemployment and its effects on children. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 24, 311-319.
- Margolis, L. H. y Farran, D. C. (1984). Unemployment and children. *International Journal of Mental Health*, 13, 107-124.
- McCubin, H. I.; Constance, y otros (1980). Family stress and coping: A decadea review. *Journal of Marriage and the Family*, 42, 855-871.
- Marciano, T. D. (1974) Middle-class, incomes, working-class hearts. *Family Process*, 13, 489-502.
- Ministerio de Cultura (1987). *Mujer y trabajo*. Instituto de la Mujer. N. 2. Madrid.
- Minuchin S. (1974). *Families and family therapy*. Cambridge, M.A.: Harvard University Press.
- Moen, P. (1979). Family impacts of the 1975 recession: Duration of unemployment. *Journal of Marriage and the Family*, 41 (3), 561-572.
- Moen, P. (1983). Unemployment, Public Policy, and Families: Forecasts for the 1980 s. *Journal of Marriage and the Family*, November. 751-760.
- Neff S. W. (1972). *El trabajo, el hombre y la sociedad*. Paidós. Buenos Aires, 1972.
- Nye, F. I. (1979). Choice, exchange, and the family. En: W. R. Burr, R. Hill, F. I. Nye y I. L. Reiss (eds.). *Contemporary Theories about the Family*. Vol. 2. Free Press. New York.
- Parra Luna F. (1988). *Política de Empleo y Bienestar Social*. Eudema. Madrid.
- Pastor Ramos G. (1983). *Sociología de la familia*. Ediciones Sígueme. Salamanca.
- Peters F. John. (1987). Youth, Family and Employment. *Adolescence*, Vol. XXII, No. 86, 465-473.
- Pryor, R. g. y Ward R. T. (1985). Unemployment: What counselors can do about it. *Journal of Employment Counseling*, 32, 3-17.
- Rodríguez A. F.; Domenech L. M. García M. A. (1982). *Paro laboral y alteraciones familiares*. VII Congreso Nacional de Psicología. Universidad de Santiago de Compostela.
- Sanger S. y Kelly J. (1988). *La madre que trabaja*. Paidós. Barcelona.
- Sawhill, I.; Peabody, G.; Jones, C. y Caldwell, S. (1975). In come transfers and family estructure. *Urban Institute Working Paper*, 979-803.
- Staines, G. L. (1980). Spillover versus compensation: A review of the literature on the relationship between work and nonwork. *Human Relations*, 33, 111-129.
- Steinberg, L. D.; Catalano, R. y Dooley, D. (1981). Economic antecedents of child abuse and neglect. *Child Development*, 52, 975-985.
- Stouffer, S. A. y Lazarsfeld, P. F. (1937). *Research memorandum on the family in the depression*. New York. Social Science Research Council.

- Selig M. S. y Kugler (1985). Working in the culture of high unemployment: the impact of unemployment on urban educators. *The Urban Review*, 17, No. 4, 269-77.
- Shelton K. B. (1985). The social and psychological impact of unemployment. *Journal of Employment Counseling*, marzo, 18-22.
- Valles M.; Moncada, A. y Callejo, M. (1987). La juventud ante el trabajo Editorial Popular. Madrid.
- Warr, P. (1982). A national study of non-financial employment commitment. *Journal Occupational Psychology*, 55, 297-312.
- Warr, P. (1987). Work, Unemployment and Mental Health. Oxford Science Publications. England.
- Zingaro, J. C. (1983). A family systems approach for the career counselor, *The Personnel and Guidance Journal*, 61, 24-27.

SUMMARY

In this article, we look again at some of the present day studies that have to do with the importance of socio-laboral conditions (employment/unemployment) in the dynamic of the family.

In general, it has been verified that unemployment is a stress factor of the most serious kind, capable of changing family life, as much in how it functions as in its very structure. The analysis of the new distribution of roles, brought about by the husband's unemployment, has shown that the flexibility-inflexibility of a couple's relationship is at the core of many of the marital conflicts of the unemployed. The results are applied to Family Orientation.

We propose the need for an ecological and multi-disciplinary approach for the advising and treatment of unemployed families.